son capaces de cometerla. Vosotros sois los que exponéis vuestros hijos recién nacidos á los bestias feroces y á las aves de rapiña. Vosotros sois los que, parricidas antes de ser padres, los matáis en el seno de sus madres con emponzoñados brebajes. Y esa bárbara costumbre proviene de vuestros dioses, porque Saturno devoraba á sus hijos. También, por la misma razón, en algunos puntos de Africa se le sacrificaban niños que se libraban de criar, cubriéndolos de besos y caricias, á fin de no ofrecer al dios una víctima lamentable. Se inmolaba en la Táurida y aun en el Ponto, á los extranjeros que allí iban en demanda de hospitalidad: Busiris introdujo esta costumbre en Egipto, y los Galos, no menos crueles, ofrecían á Mercurio víctimas humanas, ó más bien inhumanas. Los Romanos, en los sacrificios han enterrado vivos un griego y una griega, un galo y una gala. Todavía hoy mismo, por homicidas, adoráis á Júpiter Laciaris, y lo que es digno del hijo de Saturno, se difunde con la sangre de los criminales. Este dios, sin duda, es el que llevó á Catilina y sus cómplices á sellar su unión con sangre; sin duda también, y á ejemplo de este dios, se derrama sangre humana en honor de Belona, y en la medicina se emplea la sangre para curar la epilepsia, remedio peor que la enfermedad. No son menos culpables los que se alimentan de animales salvajes muertos en la arena, todavía tintos en sangre y cebados con carne humana. Respecto á nosotros, nos está prohibido presenciar el asesinato de los hombres; hasta su descripción se nos prohibe; tan lejos estamos de verter sangre humana como de usar la sangre de animales con cuya carne nos alimentamos.»

El género de argumentación adoptado por los primeros apologistas, y que consiste en convencer á los paganos de los mismos crímenes y aun más odiosos que los que ellos atribuían á los fieles, aunque poco concluyente, tiene la importancia de darnos á conocer multitud de particularidades de las costumbres antiguas, que tal vez permanecieran ignoradas á no ser por esa circunstancia. Creemos, pues, que nuestros lectores nos agradecerán haberles dado á conocer tan curiosos fragmentos de apologética cristiana.

B. *El incesto de Edipo.*—También reproducimos aquí el texto de Minucio Félix (ibíd.): «¿No sabemos también, dice el interlocutor pagano, lo que pasa en sus festines (en los festines de los cristianos)? Todos nuestros autores hablan de ellos, y la arenga del orador de Cirta lo confirma igualmente (se refiere aquí á M. Cornelio Fronton, orador latino, nacido en Cirta, en Numidia, el cual, según este pasaje, parece haber pronunciado un discurso contra los cristianos): en solemne día se reunen todos en un banquete con sus hijos, sus mujeres y sus hermanas; allí, después de prolongada comida, cuando los vinos con que se han embriagado empiezan á excitar en ellos los apetitos sensuales, atan un perro al candelabro que los alumbra, y le obligan á correr tras de un pedazo de carne que le echan á cierta distantancia: caídas las velas, se apagan; entonces, libres de la inoportuna luz, se unen al azar, en medio de las tinieblas, por horribles abrazos, convirtiéndose todos en incestuosos, al menos por la voluntad, si no lo son de hecho, puesto que todo lo que puede suceder en la acción de cada uno entra en los deseos de todos.»

Se pregunta qué es lo que, en la vida tan pura y tan santa de nuestros padres, pudo dar lugar á acusaciones tan abominables, que, según el testimonio de Orígenes (*Contr. Cels.*, l. VI, n. 27), tuvieron su origen en los Judíos. Lo que les daba alguna apariencia de verdad, era la costumbre que tenían los primeros cristianos de cambiar el beso de paz en sus synaxis (véase el artículo *Beso de paz*), llamarse mutuamente hermanos y hermanas y celebrar juntos esas comidas de caridad que se titulaban *agapas* (véase el artículo *Agapas*).

El lector que desee más extensos detalles sobre esta triste materia, puede consultar la sabia obra de Korthold, titulada: *Paganus obtrectator, sive de calumniis gentilicum in veteres christianos. Lubecæ*, 1703.

CALLICULÆ.—Son especies de discos de metal ó de tela con que los antiguos tenían costumbre de adornar sus vestidos. El nombre *calliculæ* viene del griego κάλλος, *bello*, y considerados respecto á su forma eran llamados τροχάδες, «redondos». Los cristianos, que en un principio al menos, apenas se distinguían por el traje de los pueblos en medio de los cuales vivían, adoptaron esa especie de adorno para sus túnicas y sus vestidos de todas clases. Con mucha frecuencia se hace mención de esos discos en los monumentos escritos de la antigüedad cristiana. Así, Santa Perpetua refiere que en su visión, el diácono Pomponio se le aparecio con una túnica blanca adornada con gran número de estos discos, *habens multiplices Calliculas* (*Act. S. Perpet. et Felicit.*, c. X, ap. Ruin). Un poco más lejos la Santa describe la bata de un *lanista*, ó presidente de los juegos del circo, la cual, además de dos fajas de púrpura (véase el artículo *Clavi*), estaba enriquecida con *calliculæ* de diferentes formas, de oro y de plata, *calliculas multiformes ex auro et argento factas.*

Estos *calliculæ* de metales preciosos eran muy usados entre los ricos. En un antiguo calendario publicado por Lambece (véase Buonarruoti, pág. 33), las figuras de los meses de Diciembre y Abril están adornadas con ellos.

También se notan en el vestido de una mujer tocadora de flauta, en una pintura de las termas de Tito, grabada por Sante Bartoli

(*Pitt. ant. delle grotte di Roma*, tav. IV), y en la túnica de Dido en el *Virgilio* del Vaticano, á la cabeza del segundo libro de la *Eneida.*

Pero lo más frecuente era que los *calliculæ* estuviesen hechos de piezas de tela color de púrpura cosidas en el vestido en la parte inferior, y á veces en los hombros. Esto se observa á menudo en las pinturas de las catacumbas, especialmente en la túnica del Buen Pastor (Bottari, tav. LXXVI) y en la de los cristianos que oran (idem tav. CXXII). Igualmente se ven en los vasos dorados (Garrucci, tav. VI, 5, XXV, 4). A continuación damos la figura de un niño representado con sus padres en un fondo de copa de ejecución esmeradísima (ídem, tav. XXIX, 4). Se ven dos *calliculæ* en la parte baja de la túnica, y otro sobre el hombro izquierdo. Pero si se quiere formar más acabada idea de esta clase de adornos, consúltese la obra de M. Perret (*Catacumbas de Roma*), cuyas láminas están iluminadas, y en particular la lámina VII del tomo II, que representa la figura de un cristiano en oración que lleva *calliculæ* sobre los hombros.

CAMPANAS.—Durante los primeros siglos los fieles eran llamados á la iglesia por diáconos, titulados *cursores*, que iban á avisarlos de casa en casa. (Epist. XIII. *Ignat. M. ad Heron. diac. op. Baron.*, art. 58): *Synaxes ne negligas omnes nominatim inquire*, dice San Ignacio mártir, «no descuides las reuniones sagradas, busca á cada uno personalmente». Las siguientes palabras del mismo San Ignacio á San Policarpo (Cf. Sagitarii.—*De Natal. M. M.*) son todavía más terminantes: *Decet, Polycarpe beate in Deo, concilium congregare, Deo decentissimum, et ordinari aliquem, quem delectum valde habetis et impigrum qui poterit* θεόδρομος (*Dei cursor*) *vocari*, «conviene, oh Policarpo santo en Dios, citar á una asamblea que sea digna de Dios, y en ella elegir un hombre que posea vuestra confianza y actividad, el cual podría titularse *cursor*, mensajero de Dios.

Compréndese que esa debió de ser la manera de convocar durante las persecuciones; pero es probable que ni aun en los siglos IV, V y VI hubiese ni campanas ni ningún instrumento para anunciar al pueblo las asambleas. Todo cuanto se ha dicho para referir el origen de las campanas á los tiempos más remotos, carece de sólido fundamento: San Paulino, á quien se ha querido atribuir su introducción en las iglesias, no dice una palabra ni de campanas ni de campanarios en la descripción tan minuciosa que nos ha dejado de su basílica de Nola (Benedict. XIV. *Instit.*, XX, pág. 118, n. 3)

El pueblo, que asistía con asiduidad diariamente á la salmodia, era avisado por el obispo ó por los sacerdotes del día y hora fijados para la liturgia. Dom Ménard nos ha conservado (*Not. in sacram.* B. Gregorii., pág. 208), según un muy antiguo sacramentario de San Remigio de Reims, la fórmula de esta manera de convocar. Sin duda agradará demos aquí tan curioso documento: *Noverit vestra devotio, sanctissimi fratres, quod B. martyris illius anniversarius dies instat; quo diaboli tentationes exuperans universitatis creatori gloriosa passione conjunctus est. Ideoque Dominum collaudemus qui est mirabilis in sanctis suis, ut qui illis victoriam contulit nobis eorum meritis delictorum indulgentiam largiatur. In illo igitur loco, vel in illa villa illa feria hanc eamdem festivitatem sollicita devotione celebremus*, «sepa vuestra devoción ¡oh santos hermanos! que el día aniversario del bienaventurado mártir (aquí el nombre) se aproxima; día en que, venciendo las tentaciones del diablo, él se ha unido al Creador de todo lo existente por gloriosa pasión. Por consiguiente, tributemos homenaje al Señor, que es admirable en sus santos, á fin de que ese mismo Dios que les ha concedido la corona de la victoria, nos conceda también, atendiendo á sus méritos, el perdón de nuestras faltas. Así, pues, en tal sitio ó tal *villa* y en tal fiesta, celebraremos esta misma solemnidad con verdadera devoción.»

En la Iglesia de Occidente no tenemos datos ciertos referentes á las campanas hasta final del siglo VI. Se lee en la *Vida* de San Colombano, que falleció en 599 (Mabillon. *Annal. S. Benedict.* Sæc, I), «que hacia la media noche se trasladaba á la iglesia al son de las campanas, *pulsante campana*, y que los demás monjes, despertados por el mismo medio, iban también á ella.» No es posible que esta costumbre fuera exclusiva de este santo abad y de su monasterio. Lo que hay de cierto es, que en los siglos VIII y IX esa costumbre fué universal en Occidente.

El segundo dato que poseemos en la materia es del año 604, relativo al pontificado de San Sabiniano, sucesor inmediato de San Gregorio el Grande, y que no ocupó la Santa Sede más que un año. Si hemos de dar crédito á Polidoro Virgilio, autor del siglo XV, ese Papa fué el primero que estableció el uso de las campanas para llamar á los fieles á los oficios de la iglesia. *Quod tintinnabulorun sono*, dice este escritor (*De inventoribus rerum*, lib. VI, cap. 12), *populus invitatur, vocaturque ad sacra audienda statis diei horis, Sabiniani qui Gregorio successit, hoc decretum est.* El mismo hecho se refiere por Génébrardo. (*Chronic, ad an Christ.*, 604), por Panvinio (*Epitom. rom. Pont. in Sabinian.*) y por Ciacconio (*De vit. Rom. Pont. in id.*), que parecen haberse limitado á copiar al primero. Pero nos llama la atención el silencio del libro

pontifical sobre asunto de tamaña importancia.

Respecto á las iglesias orientales, no existen pruebas del uso de las campanas antes del siglo IX, en que Urso, dux de Venecia, envió doce al emperador Miguel, que las hizo colocar en un magnífico campanario construído á sus expensas en Santa Sofía. Este hecho debe fijarse entre 864, época del advenimiento de Ursos al cargo de dux, y 867, año de la muerte de Miguel. Antes de la introducción de las campanas, los Griegos se servían de una plancha de madera, ἅγια ξύλα, *sacra ligna*, sobre la cual golpeaban con un martillo de madera, y también de una plancha de hierro y un martillo del mismo metal, ἅγιον σίδηρον, *sacrum ferrum*.

Parece que en Egipto estos llamamientos se hacían á son de trompeta como entre los Judíos (*Num.*. c. x). Nosotros lo sabemos, al menos respecto á los monjes, por la regla de San Pacomio (c. III. *In Biblioth. PP.*, t. XV, página 629), en la que se dispone que todos los hermanos salgan de su celda tan luego como oigan *el toque de la trompeta*. De la misma costumbre hace mención San Juan Clímaco (*Scala paradis.*, grad. XIX. *Biblioth. PP.*, V 224), jefe de los cenobitas del monte Sinaí en el siglo VI, lo que autoriza á creer que duró en Palestina hasta esa época. En algunos monasterios un religioso estaba encargado de recorrer todas las celdas y de llamar con un martillo á la puerta de cada una; numerosas pruebas de esta costumbre tenemos en Casiano (*Instit.*, II, 17), Paladio, Moscho, etc., que llaman al instrumento que se usaba en estas circunstancias, y principalmente para el oficio de la noche, *signum nocturnum* ó *malleus excitatorius*, «señal nocturna» ó «martillo despertador». En un monasterio de vírgenes que Paula fundó y que dirigía en Jerusalén, se daba la señal por una religiosa que cantaba el *alleluia;* y San Jerónimo nos dice (*Epist.* XXVII. *Epitaph. Paulæ*) que ese era entonces el modo de llamar á los fieles (véase el artículo *Alleluia*).

La costumbre de *bautizar* ó de bendecir las campanas existía ya en el siglo VIII (Bona. *Rer. liturg.*, l. II, c. 22, § 7. Martène. *De antiq. Eccl. rit.*, l. II, c. 21). La mayor parte de los liturgistas la refieren á esa fecha, y el orden romano contiene, desde la misma época, fórmulas para esa bendición.

CANÁ (Milagro de).—Cierto número de sarcófagos antiguos reproducen este milagro en sus bajos relieves. Teófilo de Antioquía, que vivía en el siglo II (*Comment. in Evang.*, l. IV, considera el agua que fué convertida en vino como un símbolo de la gracia del bautismo. Otros ven en ella una imagen de la transubstanciación (véase el artículo *Eucaristía*). Por esta razón el milagro de Caná se encuentra algunas veces representado en vasos eucarísticos, tales como un *urceolus* ó vinajera del siglo IV, según Blanchini, que este sabio publica en sus notas á la *Vida de San Urbano* (Anastas. *In S. Urb*).

Aunque, según el texto sagrado (Joan., II), los vasos fueron en número de seis, los artistas, faltos de espacio, no han representado ordinariamente más que cinco (Bottari, tav. LI y LXXXVIII), tres (tav. LXXXV), dos (tav. XXXII) y aun uno solo (tav. XIX). Dos únicamente existen en un sarcófago de Arlés, dibujado por el P. Arturo Martin (*Hagioglypt.*, pág. 246). Estos vasos, *hydriæ*, toman formas muy diversas; eran fijos, y de la clase de los que se usaban generalmente para el agua, siendo, por consecuencia, de gran capacidad. Sedulio (*Carm.*, l. III, 9) los llama *lacus*:

Implevit sex ergo LACUS hoc nectare Christus.

«Cristo llenó seis LACUS con este nectar.»

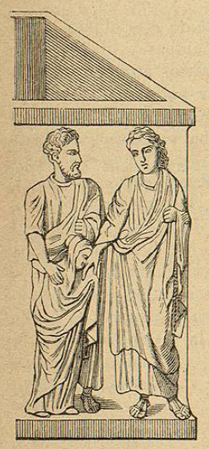
Nuestro Señor, vestido según el tipo ordinario, toca los *hydriæ*, con una varita. Mamachi, Bottari y Gori publican una tablita de marfil donde el milagro de Caná está esculpido en bajo relieve con extremada elegancia. Esta tablita, que data probablemente del siglo VII y formaba parte del sillón de los exarcas de Rávena, ha sido ilustrada por Bandini en especial opúsculo: *In tabulam eburneam observationes* (in 4.° Florentiæ, 1746). Aquí el cuadro (como ven los lectores á continuación) es com-

pleto y de perfecto orden. Representa el hecho en el momento en que el cambio se ha llevado á cabo. Nuestro Señor, joven é imberbe, con los cabellos cortos en forma de corona, la cabeza rodeada de una aureola, vistiendo el *pallium* sobre la túnica, lleva en una mano una cruz griega sobre un asta, y señala con la otra los seis *hydriæ* llenos de vino, cuya forma es de las más elegantes ánforas antiguas. Al lado de Nuestro Señor se ve el *architriclinus*, que lleva un *codex* ricamente encuadernado. El esposo, según la interpretación de Bandini,

ó un personaje cualquiera, tiene en su mano derecha una copa que sin duda ha llenado del milagroso vino para ofrecerla al *architriclinus* según la orden del Maestro (Joan., II, 8), y sobre la cual fija los ojos con aire de profundo agradecimiento, que acaba de expresar su mano izquierda extendida hacia el Salvador. El mismo asunto se encuentra también representado, y de acabada manera, en un díptico de marfil del siglo V, publicado por Bugati en la continuación de sus *Memorie di S. Celso*, página 282. Nuestro Señor, muy joven, toca los *hydriæ* con una varita, y está rodeado de nueve personajes, de los cuales uno echa agua en uno de los *hydriæ* de un ánfora que lleva sobre el hombro.

CANANEA.—La patética historia de esta mujer que acude al Salvador en demanda de que liberte á su hija de la posesión del demonio, gracia que consigue merced á su humildad y á su confianza ilimitadas (Matth., XV, y Marc., VII), se encuentra representada, en bajo relieve, en un sarcófago antiguo del cementerio del Vaticano (Bosio. *Roma sotter.*, pág. 65. Véase el grabado adjunto).

Los autores de *Roma subterránea* creen que esta mujer era siro-fenicia, es decir, de aquella parte de la Fenicia que los antiguos geógrafos llaman Fenicia mediterránea. San Mateo la llama Cananea, porque los Fenicios eran cananeos de origen. Sidon, hijo de Canaán, pasa por ser el fundador de la capital de esa comarca. San Marcos la denomina Griega (capítulo VII, 26) á causa de su religión, y los Judíos sabemos que designaban con la denominación de Griegos á todos los gentiles; por esto la Vulgata traduce ἡ γυνὴ Ἑλληνίς, «mujer griega», por *mulier gentilis*, «mujer que pertenece á la gentilidad». Cuando vemos en el texto de San Pablo (*Rom.*, I, 14, *et alibi*), el Judío en oposición al Griego, conviene siempre entender por Griego, pagano ó idólatra.



Para volver á nuestra figura, que es sumamente rara en los monumentos de los primeros tiempos, la escena pasa en el momento en que los discípulos suplican al Divino Maestro que despida á esta mujer: *Dimitte eam* (Matth., XXV, 23), y en el que, en efecto, la despide, pero llena de satisfacción: «Vete; el demonio ha salido de tu hija», *vade, exiit dæmonium à filia tua* (Marc., VII, 25). Se ve un apóstol que le toca el hombro como para presentarla al Redentor: Jesús la tiende su mano, que la dichosa madre estrecha con la suya, envuelta, por respeto, en un pliegue de su capa, y la besa agradecida. Besar la mano equivalía en la antigüedad á una fórmula de súplica. Príamo besa la mano de Aquiles, siquiera éste hubiera matado á su hijo Héctor, á fin de obligarlo, por este acto de sumisión, á que le entregase sus restos (Homer. *Iliad.*, XX IV, vers. 478).

Conforme á los principios de la modestia cristiana, inculcados por San Pablo, y con frecuencia desarrollados en las *Constitutiones apostolicas*, el artista tuvo la idea de cubrir con un velo la cabeza de esta mujer: «En los sitios públicos cubre tu cabeza como conviene á toda mujer», *obvoluto capite, quemadmodum mulieres decet* (*Constit. apost.*, lib. I, cap. 8., trad. de Coteler).

CANCEL (léase primero el artículo *Transenna*).—En las antiguas basílicas, el cancel era una valla que, durante el día, separaba la *solea* (véase esta palabra) del santuario, y aun se extendía á todo lo ancho de la iglesia, de uno á otro muro. Los canceles eran á veces de madera, como en la iglesia de Tiro, según refiere Eusebio (*Hist. eccl.*, l. X, c. 4); otras veces de mármol, tal como el que se ve hoy en San Clemente de Roma, el cual ofrece espacios vacíos y otros rellenos que están adornados de cruces de relieve. Este cancel es probablemente el más antiguo de todos, porque, según las opiniones más admitidas (véase Rossi. *Bull.*, 1870, pág. 137), fué trasladado de la antigua á la nueva basílica que está construída sobre aquélla.

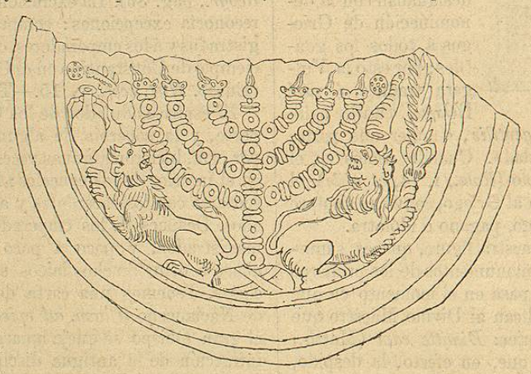
Los canceles no podían ser atravesados por los laicos, y los Padres recordaban de vez en cuando las prohibiciones de la Iglesia en la materia. Antiguamente los sacerdotes y los levitas eran los únicos que comulgaban en el interior de los canceles (véase Sarnelli. *Basilicogr.*, pág. 86). La exclusión de los laicos no reconocía excepciones: comprendía á los magistrados y á los emperadores, como lo prueba el ejemplo de Constantino en el Concilio de Nicea (Euseb. *Hist. eccl.*, V, 15.—Theodoret, I, 7).

El espíritu adulador de los Griegos por una parte, y la soberbia de algunos emperadores por otra, hicieron algunas veces admitir á estos en el interior de los canceles; llegaron hasta á sentarse con los sacerdotes y aun á ofrecer con ellos. Después de los emperadores, fueron los magistrados, y poco á poco extendieron el abuso á otros muchos laicos sin distinción de clases. Tenemos una carta de San Gregorio de Nacianceno (*Carm. ad episcopos*) en la que el gran Obispo se queja amargamente de esa infracción de la antigua disciplina, y recuerda á los obispos la justa severidad que les imponía su cargo.

San Ambrosio, como sabemos, opuso la santa firmeza de su alma episcopal á semejantes abusos. Ordenó que el emperador Teodosio tuviera su asiento en un lugar á igual distancia del público y del clero, y fuera de los canceles, como nos lo cuenta Sozomeno (*Hist. eccl.*, VII, 24). El Emperador obedeció fielmente las disposiciones del gran Obispo de Milán, aun en Constantinopla. Encontrándose en esta ciudad un día de fiesta, fué él mismo á llevar su ofrenda al altar, pero se retiró inmediatamente. Y habiendo tenido el obispo Nectario el atrevimiento de preguntarle la causa, contestó el Príncipe que no había visto más que en Milán un doctor de la verdad, un hombre digno de su elevado cargo de obispo.

También había canceles en el *atrium* de algunas basílicas; existían en los intercolumnios del pórtico y estaban dispuestos de tal manera, que los que estaban cansados pudieran apoyarse en ellos y gozar de la vista de las aguas que corrían en el centro del *atrium* (véase el artículo *Cantharus*). Esta misma fuente estaba á su vez rodeada de canceles.

CANDELABRO DE LOS JUDÍOS. — Sábese que había cementerios especiales para los Judíos; éstos, en tiempo de los emperadores, y sobre todo después de las victorias de los Vespasianos, se hallaban en Roma en gran número, habiendo fijado su residencia al otro lado del Tíber. En 1602 descubrió Bosio, bajo la Vía Porto, la más próxima de ese barrio, una cripta, en cuyo fondo se veía, por único emblema, el candelero de siete brazos; también se encontró allí una lámpara de arcilla adornada con el mismo emblema (véase Aringhi, II, pág. 651), y algunos fragmentos de mármol donde se leía el nombre de la sinagoga. Excavaciones practicadas en diferentes puntos del mismo barrio hicieron descubrir sarcófagos y otros monumentos fúnebres, pertenecientes, según las inscripciones, á los antiguos Judíos, y que se ven en las colecciones de Reinesius, Spon, Fabretti, Muratori, y especialmente en la obra del P. Lupi sobre San Severo (pág. 177). Otro cementerio judío acaba de descubrirse hace poco tiempo cerca de la Vía Apia, enfrente del cementerio cristiano de San Calixto. Se han visto decoraciones en todo semejantes á las del primero, especialmente el candelabro, y además varios símbolos judíos análogos á los que se observan en dos fragmentos ó restos de sarcófago sacados de las tumbas de los reyes de Jerusalén por M. de Saulcy, y que forman hoy parte del Museo del Louvre (galería de las antigüedades asirias); estos símbolos son pámpanos de vid, racimos de uvas, limones y granadas, ramos de almendro, que recuerdan la vara de Aarón, y coloquíntidas, adornos del mar de bronce.



El candelabro se encuentra también representado en objetos portátiles de diversas clases, principalmente en vasos de fondo de oro; Buonarruoti (tav. II y III) había ya publicado tres; el P. Garrucci da siete (tav. V), y uno de estos monumentos lo reproduce exactamente según el modelo dispuesto por Dios mismo (*Exod.*, XXV, 31): «Su pie, sus brazos, sus copas, sus bolas y sus lirios serán de una sola pieza»; existe en algunas lámparas de arcilla, de las cuales hay una muy bella en la colección de Sante Bartoli (*Antich. lucerne*, part. III, n. 32). M. Perret publica una que no tiene más que cinco brazos (IV-XIII, 5) y ofrece una forma singular. En la obra de Ficoroni tenemos, en la parte referente á las piedras grabadas con inscripción (*Gem. ant. litt.*, part. II, tav. I, n. 2 y 3), un ónix y un medallón de cristal que también presentan el candelabro con elegante forma.

Como la mayor parte de esos objetos se encontraron en las catacumbas y fijados en los sepulcros cristianos, varios arqueólogos, á la cabeza de los cuales se halla el ilustre Bosio (*Roma sotter.*, l. IV, cap. 46), han querido atribuirles un origen y una significación cristiana; del mismo modo, dicen, que los Judíos consideraban el candelabro como el tipo del Cristo que debía venir, los cristianos lo adoptaron como la figura del Cristo venido, que dice de sí mismo: «Yo soy la luz del mundo» (Joan., VIII). Esto está conforme, preciso es convenir en ello, con la doctrina común de los Padres, y su opinión en la materia ha podido fácilmente dar lugar á la interpretación de los monumentos que acabamos de indicar. San Gregorio el Grande (Homil. VI. *In Ezech.*) dice de Jesucristo: «En él, la naturaleza de la humanidad ha brillado con la luz de la divinidad, puesto que Él es el *candelabro* del mundo (véase insup. Clem. Alex. *Strom.*, V). Beda (XXV, *In Exod*) ve en el candelabro la figura de los siete dones del Espíritu Santo, y aun

la de Jesucristo, que lleva las siete Iglesias, en las cuales brilla el esplendor septiforme del Espíritu Santo» (*In* XXXIX *cap. Exod.*) San Jerónimo (*In cap.* IV *Zacch.*) lo considera como la figura de la Iglesia: «El candelabro de oro, del oro más puro, esto es, de la Iglesia.» Y en otra parte (*In.* V *cap. Matth.*): «¿Qué es el candelabro? Es la Iglesia, que propaga la palabra de vida.» Todavía más (*In cap.* II *Epist. ad Philem.*): «Todo hombre religioso que posee la palabra de Dios, es el candelabro.» El candelabro fué también considerado como la figura de la cruz. Teófilo de Antioquía (*In cap.* VI *Matth.*): «El candelabro es la cruz de Cristo: ella ha iluminado el mundo entero con el brillo de su luz.»

Vemos, por tanto, que la opinión concediendo un sentido y un origen cristianos al candelabro, no carecía de cierto fundamento, al menos aparente, en los textos. Pero los monumentos rechazan esa opinión. Desde luego el candelabro no ha sido nunca encontrado en las pinturas murales de las catacumbas, ni en las esculturas verdaderamente cristianas. Se ha citado una piedra sepulcral del cementerio de Quarto y Quinto (así lo llama Aringhi), en la cual el candelero de siete brazos estaba asociado al monograma de Cristo, al sepulcro de Lázaro, á los símbolos cristianos del pez, de la casa y de las balanzas (Véase Mamachi. *Origin. Christ.*, III, pág. 39). M. De'Rossi ha publicado nuevamente este mármol (*Ins. Christ. Rom.*, t. I, pág. 210), pero con más exactitud que los precedentes editores. Además, en su grabado el asunto que se ha tomado para el candelabro de los Judíos no presenta ninguna relación con lo que conocemos en este género. Ignoramos, pues, con qué razón el P. Lupi ha podido asegurar (*Sev. epitaph.*, pág. 177) «que se encuentra alguna vez en las tablillas de los *loculi* cristianos». Este sabio ha podido equivocarse por la semejanza que, en los monumentos toscamente ejecutados, tiene la palma con el candelabro.

Faltarían los objetos movibles, los vasos, las gemas, las lámparas, etc., los cuales con más frecuencia se fijaban en el exterior de los *loculi* como simples señales mnemónicas ó medios de reconocimiento. Sirviéndose los cristianos indistintamente para esto de objetos de cualquiera procedencia, inclusos los paganos, ¿es extraño que los hayan usado, tomándolos de la religión judaica, cuyos objetos debían ser muy comunes entre los cristianos procedentes del judaísmo, que formaban parte tan considerable de la Iglesia primitiva, *Ecclesia ex circumcisione?*

La presencia de esos pequeños monumentos en las catacumbas no prueba, pues, nada de lo que se ha querido que signifiquen.

CANON (Κανων, *regula*). — La palabra canon viene de un vocablo griego que quiere decir *regla*. Esta palabra tiene en el lenguaje eclesiástico varias significaciones. Aquí no nos ocuparemos del *canon* de las Escrituras: respecto al *Canon de la Misa*, le hemos dedicado especial artículo.

1.° Algunas veces se ha usado esta palabra para designar el símbolo, ó sea la fórmula de fe que constituye el criterio mediante el cual se distingue la herejía de la ortodoxia, ó, para servirnos de la expresión de San Máximo de Turín, «el signo ó señal que separa al fiel del hereje», *symbolum tessera est et signaculum, quo inter fideles perfidosque secernitur* (*Homil. in symb.*). Así, cuando el Concilio de Antioquía (Ap. Euseb. *Hist. eccl.*, VII, 30) dice que Pablo de Samosata se ha separado de la regla de la fe, τοῦ κανόνος, debe entenderse que por su doctrina se ha colocado fuera del símbolo de la Iglesia. Por eso, para expresar la misma idea, los Griegos (Véase Socrat. *Hist. eccl.*, l. II, c. 39) se sirven de los términos ὅρος y ἔκδοσις πίστεως, *definitio et expositio fidei*, y á veces dicen sencillamente πίστις, *fides* (Theodoret. *Hist. eccl.*, I, 7). Estas expresiones corresponden al latín *regula fidei*, que está aceptado comúnmente por San Ireneo (I, 19), Tertuliano (*Præscrip.*, XII) y San Jerónimo (Epist. LIV. *Ad Marcellin.*), cuando se ocupan de los herejes y de su abandono de los artículos de la fe católica contenida en los símbolos de la Iglesia.

2.° Los autores y documentos antiguos dan también el nombre de *canon* al catálogo en que estaban inscritos los clérigos, para saber á qué iglesia pertenecía cada uno. La palabra κανών está con frecuencia tomada en este sentido en las actas del Concilio de Nicea, por ejemplo, en el canon XVI: «Cualquiera que sin fundamento no tenga siempre presente el temor de Dios y no tenga nunca en consideración el *canon eclesiástico*, se considerará separado de su Iglesia, etc.», y en otra parte (Can. XVII): «Que él sea expulsado del clero y borrado del *canon eclesiástico*.» Así también el Concilio de Antioquía (Can. I) titula el catálogo de los eclesiásticos «el santo canon», ἅγιον κανόνα, y los *Cánones apostólicos* lo llaman καταλογόν ἱερατικόν, «catálogo hierático» ó sagrado.

Los autores latinos designan el mismo objeto con denominaciones equivalentes. San Sidonio Apolinario lo llama *album*, «lista» (l. V, epist. 8), el Concilio de Agda (Can. II), «matrícula», *matriculam* (véase esta palabra), y San Agustín, «cuadro de los clérigos», *tabulam clericorum* (Homil. L. *De divers.*). Del griego κανών se deriva el nombre *Canonici* (véase el artículo *Canónigos*), que generalmente se da á los clérigos que están inscritos en cada iglesia. Con este título San Cirilo de Jerusalén (*Procatechesis*, n. IV), al describir el orden jerárquico del clero, designa la presencia de sus miembros con las palabras κανονικῶν παρουσια. En las actas del Concilio de Laodicea (Can. XV),